

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

¡OJO AL CRISTO!

COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS.



BARCELONA.

Imprenta de la V. é H. de GASPAR, Cervantes,—3.
1866.

¡OJO AL CRISTO!

¡OJO AL CRISTO!!

COMEDIA

EN TRES ACTOS ORIGINAL

DE

D. JACINTO LABAILA.

Representada por primera vez en el teatro Principal de Barcelona el dia 6 de marzo de 1866.

Señores: la gran cuestion que se nos viene encima es la cuestion social: es la necesidad de atajar el libertinage de espíritu, que todo lo odia; el individualismo insolente, que todo lo pervierte, y concupiscencia, que todo lo vicia.

(APARISI Y GUIJARRO: *sesion del Congreso del dia* 23 *febrero* 1864.)

BARCELONA.

IMPRENTA DE LA V. É H. DE GASPAR, CERVANTES, 3.

1866.

AL EXMO.

SR. D. JOSÉ RODRIGUEZ SOLER,

Caballero gran cruz de la Real y militar órden de S. Hermenegildo; Caballero gran cruz de la Real órden de Isabel la Católica; Caballero con cruz y placa pensionada de la Real y militar órden de Cárlos III; Caballero de la nacional y militar órden de S. Fernando de tercera clase y dos veces de la primera; condecorado por acciones de guerra con la cruz de distincion concedida al primer ejército por la campaña desde 1808 hasta 1812 y con la concedida al mismo por la de los años 1813 y 1814; condecorado con la cruz concedida á los prisioneros militares fugados de Francia y con la del sitio y toma de Solsona; Mariscal de campo de los ejércitos nacionales, Gentil hombre de cámara de S. M. con ejercicio, etc.

Muestra debilmente su gratitud y el cariñoso afecto que le profesa dedicándole esta obra, su apasionado sobrino

EL AUTOR.

Personages.	Actores.
RAFAELA.	D.ª Enriqueta Liron.
CLOTILDE.	D.ª Maria Liron.
FEDÉRICO.	D. José Mata.
ZENON.	D. Francisco Galvan.
EDUARDO.	D. Claudio Compte.
MANUEL (criado.)	D. José Barta.

Madrid, época actual.—Estacion, Invierno.

ACTO PRIMERO.

Sala elegantemente amueblada en casa de Federico ; una puerta en el foró y dos á cada lado : un velador en medio de la escena con recado de escribir, butacas, espejos, una marquesita en el sitio que convenga, etc. Al levantarse el telon Manuel aparece en escena limpiando los muebles, Federico entra de puntillas por el foro y le llama.

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO, MANUEL.

EDUAR. Chist... Manuel.
MAN. Señorito...
FED. Chist... ¿ Se levantó ?
MAN. Hace ya dos horas.
FED. ¿ Preguntó por mi anoche al acostarse ?
MAN. Si; señor.
FED. ¿ Cumpliste la consigna ?
MAN. Con la exactitud militar que me es propia.
FED. ¿ De modo que mi esposa no sabe que pasé la noche fuera de casa ?
MAN. No ; señor.
FED. Bien, bien :.. Tú eres feliz, Manuel, solte-

ro, sin familia, libre, enteramente libre!!!

MAN. Sí, libre una tarde... cada dos dias de fiesta.

FED. En recompensa de tus servicios te concedo desde hoy permiso para salir todos los domingos.

MAN. ¡Cuánto lo agradezco, señorito!

FED. Chist... baja la voz... Aquí estamos mal. Vente á mi cuarto; quiero cambiar de ropa.

MAN. ¿Se vuelve V. á marchar?

FED. Me espera mi amigo Zenon... Vamos á probar un caballo africano que le vende un chalán.

MAN. ¿Saldré todos los domingos?

FED. Chist... saldrás... sígueme.

(Federico entra en su cuarto, le sigue Manuel, pero al salir Rafaela por la puerta de enfrente alcanza á ver al último por la espalda y lo llama; Manuel vuelve á la escena.)

ESCENA II.

RAFAELA, MANUEL.

RAF. ¿Manuel?

MAN. Señorita... (Me pilló.)

RAF. ¿Dónde vas?

MAN. Me llama el señorito... y voy á su cuarto.

RAF. ¿Se levantó?

MAN. No sé... digo... creo... me parece que sí...

RAF. ¿No lo sabes?

MAN. Se puede decir que no lo sé.

RAF. ¿A qué hora vino anoche?

MAN. Vino... vino... vino... como le esperaba durmiendo no puedo decir...

RAF. Cuando mi sobrina y yo nos acostamos, aun no se habia retirado... y... nos acostamos bastante tarde.

MAN. Es verdad ; ya recuerdo... el señorito vino un poco mas tarde que ustedes se acostaron.

RAF. Bastante mas tarde debió llegar á casa... sí llegó.

MAN. ¡ Cómo !... cree usted ?...

RAF. No creo nada... vete.

MAN. (¡ Por donde habrá sospechado que el señorito pasó la noche fuera de casa !... ¡ Esta señora sabe mas que Merlin !)

(Manuel entra en el cuarto de Federico.)

ESCENA III.

RAFAELA en seguida CLOTILDE.

RAF. Está confabulado con Federico ; por eso no me confiesa la verdad, pero el pobre se ha vendido á si mismo... Pensaba escaparse á mi penetracion ; ¡ imbécil !

CLOT. Tia ! Tia !... ¡ ahora entra mi marido en su gabinete !

RAF. Ya lo sé.

CLOT. ¡ Dónde habrá pasado la noche !!!

RAF. Con su amigo Zenon.

CLOT. ¡ Ojalá ! ¡ No he dormido ni un minuto !

RAF. Pasaste la noche viajando desde tu cuarto al cuarto de tu esposo...

CLOT. Para encontrarle siempre desierto !... ¡ Si hubiera sido solo la noche !...

RAF. ¿ Has prolongado tu viaje nocturno hasta la madrugada ?

CLOT No, no : hasta las diez del dia !

RAF. ¡ Si hubiera sido un viaje de recreo !..

CLOT. Fué de rabia, de cólera, de despecho... estoy ofendida, estoy inquieta, estoy nerviosa !...

RAF. ¡ Cómo no has dormido durante el viaje !...

CLOT. ¡ Tia, no sientan bien en tí las bromas en esta ocasion, en la que debieras estar grave y hasta tener remordimientos !

RAF. ¿ Por qué ?... ¿ por haber dormido tranquilamente toda la noche !...

CLOT. Porque tú tienes la culpa de que yo me haya casado con Federico.

RAF. En eso no hallo motivo para que me acuse la conciencia : fuiste esposa suya siguiendo mis instrucciones... ¿ porqué como me obedeciste en esto, no me obedeciste en todo lo demás ?

CLOT. Esplícate claro... no te comprendo

RAF. Me esplicaré... Convencida tú de mi esperiencia y de mi perspicacia, me pediste consejos que pudieran conducirte á la paz perpetua, á la verdadera felicidad ; yo, te prescribí la regla de conducta que debias observar; te dije que, cariñosamente uncieras poco á poco á tu consorte al yugo blando de tu dominio, de manera que llegarás á ser reina apareciendo esclava dominando el corazon de tu esposo hasta el punto de convencerle de que su voluntad era la que prevalecia, cuando en realidad fuera la tuya la única que dominara.

CLOT. Y así lo hice hasta que llegó á Madrid su amigo Zenon que le distrajo de sus obligaciones

RAF. ¿Y por eso he de tener yo remordimientos?.. Clotilde, entre las muchas cosas que te enseñé, y que has olvidado, una de ellas es ser lógica,... no pareces discípula mia.

CLOT. Poco me importaria no tener lógica como tuviera marido, que acaso he perdido para siempre.

RAF. ¡Todavía no conoces á Federico!

CLOT. ¿Por qué te empeñaste en que me casara con él?

RAF. Me empeñé, Clotilde, porque hoy escasean los hombres qué quieran estrechar el séptimo sacramento y sobre todo, esposos como Federico; hombres de cera, que toman la forma que les dá la mano que los domina, dispuestos á ser santos ó calaveras, ángeles ó demonios; ¿Dónde, ni aun buscándolo con la linterna de Diógenes, encontrarás un hombre tan dúctil como Federico? ¿qué mujer no se tendria por satisfecha encontrando un marido tan manuable?

CLOT. Porque es de cera, le dá Zenon otra forma.

RAF. No es culpa mia: porque no le has impreso antes otra mas estable, mas consistente...

CLOT. Lo cierto es que hoy me veo en el deplorable estado de la mujer abandonada por su marido... No debí casarme no sintiendo por él una verdadera pasion.

RAF. Eso mismo te favorecia; los matrimonios celebrados á impulsos de pasiones vehementes, no dan buenos resultados; eso es casarse á ciegas. Es mejor entrar en la vía matrimonial de una manera mas positiva, y sino dime: Federico y tú no os casasteis enamorados, ¿pero no viviais bien? ¿Se separaba el de tí un momento? ¿No satisfacia todos tus caprichos? ¿No cumplia todas tus exigencias?

CLOT. Ayer sí; pero hoy...

RAF. Hoy el esclavo ha cambiado de señor; y es preciso atraer al redíl á la obeja descarriada.

CLOT. Tú, que haces alarde de tu talento y de tu esperiencia, y que á pesar de eso, me has

metido en este pantano, debes sacarme de él.

RAF. Y te sacaré: quiero probarte que poseo las cualidades de que me jacto y te lo probaré.

CLOT. Sí, tía?

RAF. Sí; pero me has de prometer obediencia absoluta.

CLOT. Desde luego.

RAF. Pues arrancaré á Federico del dominio de Zenon y te lo atraeré!

CLOT. Mucho dudo que venzas á Zenon luchando con él; es un hombre que me dá miedo; su glacial escepticísmo me hace daño: deben tener gran fondo de maldad los hombres como ese que ni desean ni creen.

RAF. No temas; que aunque es formidable enemigo ese *sprit-fort*, ese despreocupado, ese hombre de sociedad y de mundo, que trata como todos los de su especie de relajar los vínculos del matrimonio; la razon está de mi parte:

«Y la voz de la razon
Todo el universo atruena.»

CLOT. Sí me devuelves el cariño de Federico me devolverás la paz y la tranquilidad.

RAF. Ténlas por devueltas... aquí está... dale quejas con cierta frialdad... quiero oír vuestra conversacion y aquí me quedo escribiendo una carta para inaugurar nuestro proyecto de reconquista...

CLOT. Yo le reconvendré!

RAF. Mucho tacto, sobrina, mucho tacto.

(Rafaela escribe sentada al velador. Federico vá á marcharse de casa y al salir de su cuarto se detiene á la puerta como cogido infraganti por su muger.)

ESCENA IV.

CLOTILDE, FEDERICO, RAFAELA, escribiendo.

FED. (¡ Mi muger !)
CLOT. Me alegro de verte, Federico ; ven aquí.
FED. Vuelvo... al instante... voy de prisa...
CLOT. ¡ Te acusa la conciencia!... huyes de tu muger !
FED. No, no... eso no lo creas.
CLOT. ¡ No lo he de creer cuando lo veo !
FED. Vamos, aquí estoy ; despacha.
RAF. (*Escribiendo.*) «Sr. Don Eduardo Alejo de Ponte.
CLOT. ¿ Has dormido bien esta noche ?...
FED. ¿ Qué sì he dormido ? .. así... así... (¡ Si sospechará !)
CLOT. Debes haber disfrutado de un sueño muy tranquilo... nadie diria que has dormido en tu cama.
FED. ¿ Como, Clotilde, supones ?...
CLOT. Supongo que el señorito Federico salió de casa ayer á las ocho de la noche y ha regresado á las diez de la mañana.
FED. Si te lo ha dicho Manuel, miente !
CLOT. Me lo han dicho mis ojos !
FED. ¡ Me has espiado !
CLOT. Tú das margen á ello.
RAF. (*Escribiendo.*) «Si es cierto que pretende V. reconquistar mi cariño, como me ha dicho repetidas veces, tiene V. que representar un papel en la conjuracion que estoy tramando.»
FED. Pues bien ; es verdad. Fuimos á despedir esta madrugada á un amigo, y por no incomodar en casa, he pasado la noche en la de Zenon.

CLOT. No te pregunto donde estuviste; no quiero obligarte á mentir... He perdido tu cariño; eres mi huesped, no mi esposo; ¡ que desgraciada soy!

FED. Clotilde... (Tengamos caracter; es lo que mas me encarga Zenon.) Clotilde... tu estabas (*En tono de relacion.*) mal acostumbrada: era yo una especie de maniquí tuyo, vivia en vergonzosa tutela, me habias robado completamente mi libertad de hombre y mi dignidad de esposo; pero por fortuna he sabido recobrar una y otra! (¡ No dirá Zenon que no me porto! he dicho sus mismas frases al pie de la letra!)

CLOT. Te han maleado las malas compañías: antes no pensabas así... ¡ Ya no me quieres!

FED. Sí; te quiero (*En tono de relacion,*) como antes... pero sin renunciar á mi independencia, sin esclavizarme á tu yugo! (Me parece que tengo caracter... y memoria!)

CLOT. Si me quisieras no me hablarias así!

RAF. (*Escribiendo.*) «Si se presta V. á mi plan corresponderé á su afecto; con esta condicion puede V. pasar á verme cuanto antes!»

FED. Si tienes algun nuevo capricho, habla y lo satisfaré... como sea posible. (¡Caracter!... ¡ Caracter ¡)

CLOT. Acompáñanos al Teatro Real esta noche á la tia y á mi.

FED. Esta noche?... no puedo.

CLOT. No puedes?... no quieres.

FED. No puedo.

CLOT. Pues, mira: tráeme un ramo de violetas;... sabes que son mi delirio y no me has traido aun este año mientras el pasado nunca estaba vacio el búcaro de mi gabinete.

FED. Todavia no hay... no es tiempo aun.

CLOT. Anoche llevaba un magnífico *bouquet* la marquesa del Carral.

FED. Seria de otras flores.

CLOT. No, no; de violetas.

FED. Mañana te lo traeré... ahora tengo mucha prisa... hasta luego.

CLOT. ¡ Ni violetas, ni Teatro Real ! (*Se deja caer en un sillon.*)

FED. ¡ Siento dejarla tan triste... pero es preciso tener caracter. (*Se vá por el foro.*)

ESCENA V.

RAFAELA, CLOTILDE, en seguida MANUEL.

RAF. (Sucedió lo que temia; escribiré el sobre y obraré !) (*Lo hace.*)

CLOT. No me ama... no me queda duda... no me ama.

RAF. (*Toca el timbre.*) Asi mato dos pájaros de un tiro. No hay nada en el mundo como tener talento.

MAN. Señorita...

RAF. ¿Sabes donde vive Don Eduardo?

MAN. En la acera de enfrente, cuarto segundo.

RAF. Pásale esta carta y espera contestacion. (*Se la entrega.*)

MAN. Voy volando.

ESCENA VI.

RAFAELA, CLOTILDE.

RAF. Clotilde, cobra ánimo, no te desalientes... aquí estoy yo para salvarte.

CLOT. Federico está perdido... perdido... Quizás tenga otros amores!

RAF. No lo creo; ni tu tienes fundamento para creerlo.

CLOT. Todo lo temo de su amigo Zenon; ese demonio me lo ha pervertido! Como Federico es débil de caracter, amable en estremo, y carece de voluntad, es capaz de olvidarse de sus deberes.

RAF. Tienes, razon, sobrina; sino voluntariamente, por atraccion. Hay que cortar la gangrena para que no cause mayores estragos; tengo un plan ingenioso que he conseguido trazar poniendo en tortura á la imaginacion, *á la loca de la casa* como la llama un filosofo.

CLOT. En tus manos me entrego, ¡Sálvame! Devuélveme á Federico,

RAF. Te lo devolveré.—Para hacer entrar á tu esposo en el carril del deber hay que llamarle la atencion sobre ti de una manera irresistible; tienes que ponerte de relieve á sus ojos, digámoslo asi; entonces y solo entonces se convencerá de que la libertad que disfruta le deslumbra, pero no le hace felíz; y comprendiendo lo que pierde con perderte, si abandonandote á ti misma jóven, hermosa y perseguida, te entregas por venganza á los placeres de la juventud, de la hermosura y del amor, caerá á tus pies arrodillado, y pidiéndote perdon, se consagrará esclusivamente á tu cariño.

CLOT. Si eso lo pudieramos conseguir... pero eso es un sueño, una quimera, un imposible!

RAF. La palabra imposible no existe ya en el diccionario de las personas de talento y... yo lo tengo.

CLOT. ¿Y como conseguirlo?

RAF. Me prometiste obediencia absoluta.

CLOT. Y reitero mi promesa.

RAF. Pues bien, es preciso que inspires celos á Federico.

CLOT. ¡Tia! (*Admirada.*)

RAF. Eres muy inocente y por eso te admiras. Recuerda la máxima del sabio «*Nihil admirari.*»

CLOT. Me admiro... porque no comprendo...

RAF. Si, ya lo sé; la admiracion es compañera de la ignorancia. Te abriré los ojos, y verás. Los celos son cántaridas que curan á los enfermos causándoles mucho daño.

CLOT. ¿Querrás que inspire á Federico celos falsos ?,.. no es esto?

RAF. Si; quiero que sin faltar á lo que le debes y á lo que te debes á ti misma, le arrojes el anzuelo de los celos para pescar la trucha del amor.

CLOT. Pero, tia...

ESCENA VII.

Dichas, MANUEL.

MAN. Señorita...

RAF. ¿Estaba en casa Don Eduardo?

MAN. Si; le entregué la carta en propias manos.

RAF. ¿Qué ha contestado?

MAN. Que viene en seguida.

RAF. Hazle entrar en cuanto llegue...—Retírate.

ESCENA VIII.

RAFAELA, CLOTILDE.

CLOT. Ese plan me gusta y me desagrada al mismo tiempo... nó sé porqué me vaticina una catástrofe.

RAF. Pudiera suceder, pero no sucederá; ¿no estoy aqui para evitarla?... Yo que tramo la intriga la desenlazaré á mi gusto.

CLOT. Sin embargo...

RAF. Tú no sabes sino la mitad del proyecto; escucha la otra mitad.—¿Te acuerdas de Eduardo?

CLOT. De tu ex-amante? ¿ó del amante hoy de la bailarina del Teatro Real á quien Federico llamaba el pollo felíz, cuando gastaba buen humor.

RAF. Si; sabes que desde que se relacionó con la bailarina no ha puesto los pies en esta casa de la que yo le arrojé al saber su calaverada.

CLOT. Ese pollo es muy audaz.

RAF. Como es muy jóven, bien parecido y agregado á la embajada inglesa, está infatuado de todo esto, y tiene fortuna con el bello sexo.

CLOT. A mi me causa miedo.

RAF. Eres muy asustadiza, porque, «propio es el temblar de la inocencia.» Continuemos. Eduardo tronó hace dos meses con la bailarina.

CLOT. Si?

RAF. Si; la enamoró porqué era la muger de moda de ese Teatro, y cuando se hicieron públicas sus relaciones se cansó de ellas; Clotilde: *Vanitas, vanitatis et omnia vanitas,* como dice el gran libro. Desde dicho trueno Eduardo me ha escrito seis cartas queriendo reanudar conmigo; pero á ninguna de las seis he contestado. Hoy...

CLOT. Le contestas... ya voy comprendiendo tu proyecto!

RAF. Déjame concluir y concluiré confesándote una debilidad.

CLOT. Tia!... tú tambien tienes debilidades!

RAF. Sobrina, todos los mortales somos frágiles y como dice Shaspeare «*Fragilidad, tienes nombre de muger.*»

CLOT. Satisface mi curiosidad; habla.

RAF. Mi debilidad consiste en querer á Eduardo.

CLOT. Eso no es una debilidad: amar es uno de los accidentes de la vida.

RAF. Pero amar á los treinta y ocho años, como yo, estando viuda, como yo, gozando de buena fortuna y de mucha independencia, como yo, mas que tener una debilidad es cometer un disparate; pero de esto me consuela la máxima del malogrado Fígaro, que decia, «*Los necios dicen disparates,* »*los hombres de talento los hacen.*» y como yo tengo talento, hago el disparate de querer á Eduardo.

ESCENA IX.

Dichos, EDUARDO.

(Eduardo hace rato que ha aparecido en la puerta del foro, y no llega al procenio hasta que Rafaela concluye el párrafo anterior que ha oido integro.)

EDUAR. De lo que se congratula el favorecido!

CLOT. ¡Eduardo!!!

RAF. ¿Ha oido usted mis últimas frases!

EDUAR. Si; mas vale llegar á tiempo que rondar un año y... yo siempre llego á tiempo. Clotilde, con mucho sentimiento dejé de pisar esta casa porque una de sus dueñas me condenó al ostracismo. (*Mirando á Rafaela.*)

RAF. Fué usted traidor á la patria.

CLOT. Mereció usted ese castigo.

EDUAR. Y lo he sufrido. Mi querida Rafaela, no es

usted la única que hace disparates en este mundo: estuve obcecado, como usted no ignora, y ese tiempo pesa sobre mi corazon como un remordimiento; por fin compadecida usted de mi martirio, me otorga su perdon y vuelve á admitir en su seno á este cordero descarriado.

RAF. Si ha leido usted mi carta, habrá comprendido que para que retrocedamos á los dias de nuestra mútua correspondencia,

»Dulces un tiempo cuando Dios queria,»

es preciso que usted cumpla la condicion que le voy á imponer.

EDUAR. ¡Si he leido la carta! nueve veces; la sé de memoria. Oigan ustedes.

RAF. No es menester.

EDUAR. (*Recitando la carta.*) »Si es cierto que pretende usted reconquistar mi cariño, como me ha dicho repetidas veces, tiene usted que representar un papel en la conjuracion que estoy tramando.»

CLOT. ¡La sabe de memoria!.

RAF. Bien, hombre, bien.

EDUAR. «Si se presta usted á mi plan corresponderé á su afecto: con esta condicion puede usted pasar á verme cuanto antes.» Y aquí estoy con impaciencia por enterarme del plan y por saber que papel voy á representar: representaré aunque sea el de Nabucodonosor en sus tiempos de desgracia.

RAF. Pues oiga usted.

CLOT. (Mi tia me hace temblar.)

RAF. Mi sobrina y Federico han sido esposos modelos desde el dia de su matrimonio.

EDUAR. Así me lo parecia cuando frecuentaba la casa.

CLOT. Y así era, Eduardo.

RAF. Era así.

EDUAR. ¿ Pero, ya no es ?

RAF. La felicidad es una armonía que se pierde, un perfume, que se evapora ; El hombre sin carácter es un ciego cuyo lazarillo puede llevarle por sendas de flores al borde de los abismos ; las malas amistades hacen mas daño que la langosta, una manzana podrida corrompe un cesto, un...

EDUAR. Hasta ahora me gusta mucho todo lo que usted dice, pero... no entiendo una palabra.

CLOT. Yo lo diré y me entenderá usted. Hace un mes vino á Madrid Zenon, un intimo amigo de Federico, soltero, corrompido y escéptico, y desde entonces Zenon me ha robado la felicidad robándome el cariño de mi esposo.

RAF. Y la felicidad es aquello que nos falta, como dice Alfonso Karr.

EDUAR. ¡ Me dejan ustedes absorto ! ¡Es posible que exista un hombre tan criminal que poseyendo una consorte de tan brillantes prendas la abandone ! ¡ Eso es un horror ! (¡ojo, Eduardo, que se descubren nuevos horizontes !)

CLOT. Yo no poseo ningun atractivo...

EDUAR. Posee usted el atractivo de los atractivos, la modestia que no se los deja ver. (¡ Vaya si es hermosa !)

RAF. Ya que ha conocido usted el prólogo de mi intriga, voy á desarrollar el argumento. Se trata de llamar la atencion de Federico sobre Clotilde, á la que por desgracia tiene olvidada, pinchando al esposo con el aguijon de los celos.

CLOT. (¡ Dios mio !)

EDUAR. (¡ Qué oigo ! será verdad !) Quiere usted volver á repetir... no he oido bien.

RAF. Hoy está usted torpe.

EDUAR. La emocion... de volver á reanudar con usted Rafaela, me afecta tanto... quiere usted volver á repetir ..

RAF. Se trata de llamar la atencion de Federico sobre Clotilde, á la que por desgracia tiene olvidada, pinchando al esposo con el aguijon de los celos.

EDUAR. Y... ¿quien es el encargado de pinchar ?... (Sin duda, yo.)

RAF. Clotilde; has prometido obedecerme.

CLOT. Como no me mandes imposibles...

RAF. Te he dicho que esa palabra ya no existe.

EDUAR. Creo lo mismo.

CLOT. Pues bien... obedeceré.

RAF. Eduardo, desde hoy no se separará usted de nosotras sino para comer y dormir; aparentará usted galantear á mi sobrina y ella aparentará dejarse galantear.

CLOT. Tia !... eso me da verguenza... aunque sea de broma : además, Eduardo , siento decirlo, me causa miedo y mi marido mas miedo todavía ; ese plan me asusta, me estremece.

RAF. Hija ; nunca mucho costó poco.

CLOT. Ya que tan aficionada eres á refranes y á máximas yo te contradeciré con una de la Biblia;... «Quien busca el peligro perece en el »

EDUAR. Dispénseme usted Clotilde ; esa máxima no se opone : usted no busca el peligro, al contrario... su tia de usted es la que lo busca.

RAF. Pues yo cargo con la responsabilidad.

EDUAR. (Puede que pese.)

CLOT. Pero si mi marido lo toma por lo serio y esto dá márgen á un lance desagradable...

EDUAR. No tema usted Clotilde ; manejo muy bien

toda clase de armas ; mataré, si es preciso, á Federico para que usted sea felíz. (Que lo sepa.)

CLOT. ¡ Tia, ves las consecuencias de tu plan ! ¡¡No lo acepto, no!!. (*Muy asustada.*)

RAF. Eso es una hombrada del pollo.

EDUAR. Comprenda usted Clotilde por mi lenguaje chancero que ese es el medio opuesto diametralmente á su felicidad y sepa usted que soy capaz de dejarme matar por Federico para que sea usted dichosa.

CLOT. Tampoco quiero que suceda eso... ¡ no, Dios mio ! no ! No acepto el plan.

RAF. Entonces resígnate á verte herida siempre en tu amor-propio, á verte mas despreciada, mas abandonada cada dia.

EDUAR. Y á conocer á alguna indigna rival.

CLOT. Eso nunca.

RAF. Pues acepta mi plan.

EDUAR. Si, Clotilde ; yo se lo suplico en nombre de su felicidad

RAF. Yo, que llevo la intriga, diré cuando se ha de truncar : antes de llegar á un lance desagradable confesaremos á Federico la farsa del plan, Eduardo pedirá mi mano, seré su esposa y te habré devuelto la paz y la tranquilidad.

EDUAR. ¡ Digno plan de un cérebro tan bien organizado como el de usted, Rafaela !

CLOT. Como ustedes quieran... me rindo á discrecion... aunque con temor... y usted Eduardo acepte esta penitencia, que le purgará de su pecado.

EDUAR. Por ser esposo de Rafaela, no digo aceptar este plan, que para mí es muy alhagüeño, sino perder la vida, aceptaria con gusto.

RAF. Basta de exageraciones.—Usted almuerza

con nosotras, y ahora, en seguida, trae usted un ramo de violetas de su jardin.

EDUAR. Dos; uno para usted y otro para Clotilde.

RAF. Uno solo y para Clotilde.

EDUAR. No sé porque...

RAF. Ni necesita usted saberlo por ahora; á la noche nos acompañará usted al teatro Real.

EDUAR. Convenido.

RAF. Nosotras vamos á dar órdenes para el almuerzo y usted por el ramo.

CLOT. Hasta luego.

EDUAR. Hasta luego!

ESCENA X.

EDUARDO.

EDUAR Bien, muy bien, muy bien.—Clotilde y Federico están de monos y yo he de ser el acícate que pinche al marido?... ¿Qué demonio de farsa esta? Será que Clotilde quiera que yo... Si es así logra su objeto; pero si es lo contrario no me conocen tia y sobrina. ¡Aun no hay ejemplo de que se me haya resistido una mujer!.. ponen á la obeja á disposicion del lobo, me abren la boca, y junto á ella colocan á la obeja, ¿qué tendrá de particular que yo cierre la boca y me la trague... Ah! ah! ah! (*Riendo.*) Presiento un escándalo gordo y ya estoy en mi elemento... sin embargo no por eso dejaré de casarme con Rafaela, con esa opulenta viuda cuyos doblones me fascinan... ello dirá: vamos por las violetas.

ESCENA XI.

Dicho, FEDERICO, ZENON.

(Al marcharse Eduardo se encuentra con Federico y Zenon que entran por el foro y vuelve con ellos al proscenio.)

FED. Demonio! ¡ Tú en mi casa!

EDUAR. Ya lo ves; vuelvo á pisar tus patrios lares.

FED. Lo celebro.—¿ Te vas ahora que entramos?

EDUAR. Volveré !

FED. Espera un momento: voy á presentaros.—Mi amigo don Zenon Perez de Alcubilla, filósofo epicurista, eternamente célibe, rico de profesion y que pasea su fastidio de gran señor por todo el mundo, como Lord Byron.

ZEN. Hombre...

EDUAR. Muy señor mio. (*Inclinándose.*)

FED. Mi amigo don Eduardo Alejo de Ponte agregado á la embajada inglesa, conquistador de primer órden, el pollo mas felíz con el bello sexo de cuantos pollos pueblan la coronada villa.

EDUAR. ¡ Por Dios, Federico !

ZEN. Muy señor mio ! (*Inclinándose.*)

EDUAR. Aunque hasta hoy no he tenido la honra de conocer á usted espero tener la satisfaccion de contarme en el número de sus amigos.

ZEN. Lo mismo digo y lo mismo deseo.

EDUAR. Muchas gracias.

FED. Aqui donde lo ves hizo perder el juicio á mi tia Rafaela; fué su amante.

ZEN. Ablandar el corazon de una marisabidilla opulenta, es mas difícil que horadar un risco... esta conquista prueba su mucho tacto.

EDUAR. Ó mi mucha paciencia. (*Con petulancia.*)

ZEN. Es usted muy modesto.

FED. No lo creas; no tiene modestia.

EDUAR. Muchas gracias, Federico.

FED. No he querido ofenderte... y dime ¿has vuelto á reanudar con Rafaela?... ¡Pícaro! el amante pretérito se ha convertido en amante presente?

EDUAR. Hasta ahora estoy suspendido entre el pasado y el futuro.

FED. Pero cuando te veo en casa te habrá levantado la prohibicion de venir?

EDUAR. Eso si.

ZEN. Pues eso significa mucho.

EDUAR. No quiere perdonarme los amores con la bailarina.

FED. ¿Tú no estás enterado de esto, Zenon?

ZEN. No.

FED. Pues fué un escándalo de primer orden: era la muger de moda, y Eduardo, venciendo á una falange de adoradores, se constituyó en el único poseedor de la alumna de Terspsicore.

EDUAR. Hasta que Madrid presenció mi triunfo, que entonces me retiré con mis honores.

ZEN. Eso fué, amigo mio, la vanidad llevada hasta el escándalo.

EDUAR. Tiene usted criterio tan agudo como exacto.

ZEN. (Este pollo es necio!)

FED. ¿Ahora nos veremos con frecuencia?

EDUAR. Con mucha frecuencia. (*Con intencion.*)

FED. Lo celebro: asi tendrás el gusto de intimar con mi amigo Zenon.

EDUAR. Lo deseo ya.

ZEN. Muchas gracias.

FED. Verás que amigo; que amigo! á el debo mi salvacion!

ZEN. Llegué oportunamente.

FED. Llegó oportunamente para librarme del ridículo que sobre mi pesaba.

EDUAR. ¿Sobre ti ?

FED. Y yo no lo conocia!!

EDUAR. Eso sucede casi siempre; pero... sobre que ?...

ZEN. Clotilde le dominaba.

EDUAR. Se lo decia muchas veces.

ZEN. Figurese usted que estaba hecho un maniqui, sin voluntad para desear nada en su casa, sin libertad para tomar el sombrero y marchase á la calle, muerto para todos, vivo únicamente para su muger que lo monopolizaba.

FED. ¡Es verdad!

ZEN. Cuando salia, salia con Clotilde; iba ella á tiendas; él detrás; compraba ella baratijas, él cargaba con ellas; no hacia sol, y Clotilde sacó sombrilla, se la endosaba á Federico: cuando ella queria ir á un baile se veia obligado á acompañarla. ¿Hay cosa mas necia que ir al baile con la muger propia ?

EDUAR. No hay nada mas tonto.

FED. Es verdad; no hay nada mas necio ni mas tonto.

ZEN. Aun no lo he dicho todo; su ridiculez era todavia mayor: estando ya en el baile con su esposa ¿con quien dirá usted que se atrevia á bailar ?... ¡Con Clotilde! ¿Hay cosa mas ridícula que un marido bailando con su muger en un baile público ?

EDUAR. Efectivamente.

FED. ¡Y yo que lo encontraba tan natural! ¡Que estúpido era!

ZEN. Cuando Clotilde iba con algunas amigas y algunos amigos, Federico, al bajar las esca-

leras, al salir ó entrar en los teatros, se abalanzaba á ofrecer el brazo á su esposa; ¿para que estaban allí los amigos mas que para ofrecer su apoyo á las mugeres ajenas?

EDUAR. Eso denotaba gran atraso en las costumbres y desconocer completamente las leyes de la moda

FED. Si, sí; yo desconocia todo eso; y gracias á Zenon he abierto los ojos. *(En tono de relacion.)* Clotilde estaba mal acostumbrada; era yo una especie de maniquí suyo, vivia en vergonzosa tutela, me habia robado completamente mi libertad de hombre y mi dignidad de esposo, pero por fortuna he sabido recobrar una y otra: hoy la quiero como antes, pero sin renunciar á mi independencia, sin esclavizarme á su yugo.

EDUAR. (Bravo; Zenon me ayudará!)

ZEN. Ya que has cometido la locura de casarte preciso es hacértela llevadera. Tú te has debido casar como lo verifican hoy los hombres despreocupados, por puro lujo ó por constituirse en posicion, pero por nada mas. El hombre ha salido de manos del Criador con todos los atributos del dominio, y la mujer con todos los signos de la esclavitud: él ha nacido, pues para el mando, ella para la obediencia, el para disponer del poder, que le trasmite su fortaleza, y ella para prodigar el amor, que dimana de su debilídad.

FED. Quisiera oirte toda mi vida porque me regenerarias; cada vez que te escucho cobro mas energía, mas carácter, si, no lo dudes; tengo ya mucho carácter.

EDUAR. Tambien yo quisiera oirle, pero con senti-

miento voy á abandonar á ustedes.

FED. ¡Ya te vás!

EDUAR. Vuelvo en seguida: Hasta luego.

ZEN. Abur.

EDUAR. (Este gallo debe ser mas temible que yo.)

ESCENA XII.

FEDERICO, ZENON.

FED. ¿Qué te parece de Eduardo?

ZEN. Me parece un pollo presuntuoso, vano, amigo del ruido... nada mas.

FED. Pues tiene mucho partido con el bello sexo.

ZEN. No lo dudo: debe ser muy audaz. Quisiera tenerle por rival.

FED. Le vencerias; ¿pero no te dedicas ya á enamorar?

ZEN. Para qué?... Me es antipático el matrimonio, y estoy cansado de aventuras que consumen el tiempo y la paciencia; veinte años de recorrer el mundo buscando lances de toda especie, me han convencido de muchos cosas, y entre otras de una muy triste.

FED. ¿De que te han convencido?

ZEN. De que la mujer es un libro que sé de memoria y su lectura ya no me produce placer.

FED. ¿Y cómo crees ser feliz?

ZEN. Feliz! esta palabra es el sarcasmo mayor que se ha escrito en todos los diccionarios del mundo. La felicidad es el movimïento contínuo, la cuadratura del círculo... un imposible.

FED. ¿Entonces para que te sirven tu fortuna, tu talento y tu esperiencia?

ZEN. De muy poco: para aburrirme algo menos que si no los poseyera.

ESCENA XIII.

Dichos, RAFAELA. CLOTILDE.

RAF. ¡Gracias á Dios que podemos ver á los caballeros invisibles!

FED. Y tendremos el gusto de vernos bastante tiempo.

CLOT. ¿Ahora no van ustedes á salir? (*Con ironía.*)

ZEN. No, Clotilde; venimos á disfrutar de la amabilidad de la conversacion de ustedes.

FED. Y á almorzar juntos.

CLOT. ¿Zenon honrará nuestra pobre mesa?

ZEN. Yo seré el honrado.

RAF. Comprende que necesita ayunar para purgar sus pecados y se resigna á nuestrá frugal comida, aunque si hemos de dar crédito al poeta que dice, que »El pan blanco y limpia mesa abren las ganas á un muerto» no será mucha su resignacion, y esta será menor si se tiene presente que nos acompañará otro convidado.

FED. ¿Otro?

CLOT. Si; tu amigo Eduardo.

FED. ¿En señal de reconciliacion?

RAF. No nos hemos reconciliado todavía.

ZEN. Pero han empezado ya las negociaciones.

CLOT. ¿Podremos tener la esperanza de que ademas de la mesa, nos acompañen ustedes esta noche al Teatro Real? (*Federico mira á Zenon; este le dice que no.*)

FED. Esta noche?... no será posible.

ZEN. Esta noche tenemos pendiente una partida de tresillo.

FED. (¡Como miente!) Si; tenemos pendiente una partida de tresillo.

RAF. Mas felíz eres con Eduardo que con tu esposo. (*A Clotilde.*)

FED. ¿Qué quieres decir?

RAF. Quiero decir que se ha prestado gustoso á acompañarnos al Real.

CLOT. Y nos acompañará!

ZEN. Los amigos siempre son mas complacientes que los esposos: es la condicion de la clase.

RAF. Y los amigos como Eduardo.

CLOT. Tienes razon tia; deseamos su retrato y vá á fotografiarse para nosotras.

ZEN. Eso es muy natural... teniendo pretensiones hácia usted, Rafaela...

RAF. Sí; pero como usted dijo, aun están pendientes las negociaciones.

CLOT. Zenon, usted no conoce á Eduardo?

ZEN. Hace un instante me lo presentó Federico.

FED Sí; hace un instante se lo presenté.

CLOT. Tiene tanta gracia su conversacion que á su lado vuela el tiempo.

ZEN. (¡Hecha¡ ¡hecha!)

FED. Antes no hablabas así de Eduardo.

CLOT. Lo mismo... decia que es presuntuoso, ahora lo digo tambien; pero esta vanidad está fundada en los triunfos que consigue.

RAF. La gloria embriaga, como dice no recuerdo que poeta.

CLOT. Aquí le tienen ustedes.

ESCENA XIV.

Dichos, EDUARDO, con un ramo de violetas.

FED. Aquí estaban haciendo tu panegírico.

EDUAR. ¿Seré indiscreto si pregunto á quien debo la felicidad...

RAF. A Clotilde.

EDUAR. Entonces... ya estoy decidido.

FED. ¿A qué ?...

EDUAR. Sostenia una lucha conmigo mismo. Bajé á mi jardin á formar dos ramos de violetas, pero como hay pocas todavía, no pude formar mas que uno y estaba vacilando entre ofrecer el ramo á Rafaela ó á Clotilde ; pero en pago de los servicios que esta última me ha prestado durante mi ausencia, voy á entregarla el ramo. (*Lo hace.*)

CLOT. Mil gracias ! (*Lo huele con coqueteria.*)

EDUAR. Dispénseme usted Rafaela, pero el hombre es egoista y no obra mas que á impulsos del interés.

RAF. Está usted dispensado, que yo ya sé que el mundo se rije hoy por el sistema útilitario de Bentham.

FED. (¡Las violetas!) Que dices de todo esto? (*á Zenon.*)

ZEN. Por ahora observo y callo. (*á Federico.*)

CLOT. Ja! ja! ja! que gracia! (*Cuchichea con Eduardo.*)

EDUAR. Es usted tan bondadosa!...

CLOT. Tia! qué bien huelen estas violetas!

RAF. Son flores suaves y humildes, pero perfumadas; Selgas las compara á la modestia.— ¿Quieren ustedes que vayamos á almorzar?

FED. Estamos á las órdenes de ustedes.

EDUAR. Quiero tener la satisfaccion de llevar á ustedes al comedor.

(Ofrece los dos brazos : las señoras se apoyan en ellos y se dirigen hácia el foro : Zenon vá á seguirlas, pero Federico le toca en el hombro y le detiene.)

FED. Oye. ¿Te parece que Eduardo enamora á mi tia?

ZEN. No... me parece otra cosa.

FED. ¿ Qué cosa ?

RAF. ¿ Vienen ustedes? (*Desde el foro*)

FED. Ya vamos.

ZEN. Te lo diré despues... vamos á almorzar.

FED. ¡ Las violetas ! ¿ Has visto esas violetas ?

ZEN. Sí ; y qué ?...

FED. Nada... nada... vamos á almorzar. (*Vanse por el foro.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del primer acto.

Al levantarse el telon aparecen Rafaela y Clotilde, sentadas al velador examinando unas fotografías.

ESCENA PRIMERA.

RAFAELA, CLOTILDE.

CLOT. Estas fotografías de Eduardo, han sido el golpe de gracia.

RAF. Ya hemos conseguido llamar la atencion de Federico ; ¡ era un plan que no podia fallar !

CLOT. Ha hecho efecto el cáustico de los celos.

RAF. ¿Sabes Clotilde que están muy bien estos retratos ?... ¡ qué entonacion tan agradable ha sabido darles el fotógrafo !... ¡ qué limpieza de tintas ! ¡ Y no son de Heber !

CLOT. No; son de Toledo.

RAF. Es preciso que nos fotografiemos en casa de Toledo.

CLOT. Bien, tia.—El plan va surtiendo los efectos apetecidos : y mi esposo está ojo alerta y

por vigilarme no sale de casa: bueno será que Eduardo pida tu mano y que le confesemos la verdad.

RAF. Todavía no: para que la leccion aproveche es indispensable que llegue á creer que, por abandonarte, se queda sin tu cariño para siempre pues «el bien no se conoce hasta que se pierde,» como dice el filósofo.

CLOT. Tia, cantemos de plano. . Eduardo es muy desvergonzado, mí marido, aunque es de buena pasta, puede montarse en cólera, y si se enredan las cosas, pueden producir un conflicto.

RAF. Ya estoy yo aquí para evitarlo: ¿no he tenido ingenio para urdir la intriga? pues lo tendré para deshacerla; confia en mí. Si Federico no se convence de que el hombre se casa con su esposa para vivir con ella y no para continuar en la vida de soltero, nada logramos; si no vé de un modo indudable los peligros á queda espuesta la mujer abandonada por su marido, nada conseguimos; y finalmente, si no se persuade de que los hombres de mundo, como Zenon, que tienden á destruir los lazos sociales tratando de destruir el matrimonio, son perjudiciales como amigos y como individuos de la sociedad; no renunciará á Zenon y se viene abajo nuestro edificio. Deja que padezca Federico algo de lo mucho que tu has padecido, que despues hareis las paces y lo que dice Ercilla de... «Que ningun mal hay grande si es postrero.» debe servirte de lenitivo.

CLOT. Pues tia... salga el sol por Antequera y... hágase tu voluntad.

RAF. Esa debe ser la contestacion de mi

ESCENA II.

Dichas, MANUEL con una carta.

RAF. ¿Qué se te ofrece?
MAN. El señorito Eduardo me entrega en este momento esta carta para usted. (*á Rafaela*)
RAF. ¿Para mi?
MAN. Para usted.
RAF. Dame. (*Se la entrega Manuel.*)
MAN. Dice que en seguida pasará á ver á ustedes.
RAF. Bien; vete.

ESCENA III.

RAFAELA, CLOTILDE, FEDERICO.

(Federico ha presenciado la escena anterior y se detiene á escuchar á las señoras á la puerta de su cuarto.)

FED. (Rafaela acaba de recibír una carta... me quedo en acecho.)
RAF. Clotilde! me escribe en verso!... !Como sabe que soy inteligente!
CLOT. Y como ademas quiere que le devuelvas el cariño perdido,.. Leela en voz alta; me gustan mucho los versos.
RAF. Oye pues.
FED. (Oigamos todos.)
RAF. (*Leyendo.*) « Lucero de la mañana,
»dulce pensamiento mio,
»fresca lluvia de rocio
»que caer sobre el desierto
»de mi corazon sentí;
»Llego á ti cansado, muerto,
»por correr tras de quimeras

»deseando que me quieras,
»que me quieras, vida mia,
»como te quiero yo á tí.»

RAF. Están muy bien!

CLOT. (Esos versos son los que ayer me recitaba!)

FED. (!Como se espresa el pollo!)

RAF. No te gustan, Clotilde?

CLOT. Sí, sí: ¿se han concluido?

RAF. No! continuo: (*Leyendo.*)
»Cesa de ser desdeñosa
»y estrechemos nuestros lazos,
»ven á caer en mis brazos
»que te aguardan impacientes
»con cariñoso temblor,
»De tus labios balbucientes
»mi esperanza está prendida,
»deja, que á vela tendida,
»vuele á abrigarse mi nave
»en el puerto de tu amor.»

RAF. ¡Son magnificos!

FED. (Jé, jé! pícaro!!!)

CLOT. (Sí; esos son!)

RAF. (*Leyendo.*) »No creas no, que hay falacia
»en el amor que yo siento,
»esta hilaridad que miento
»es la máscara engañosa
»que oculta mi ardiente afán;
»Tambien en calma reposa
»blanda superficie, donde
»su laba el vesubio esconde,
»mientras arde en sus entrañas
»el incendio del volcan.»

CLOT. ¡Son preciosos!

RAF. ¡Calla! Déjame concluir! (*Lee.*)
»La adoracion que te rindo
»es mi amoroso tributo
»para recojer el fruto

»de esas tus pomposas ramas
»del arbol del mal y el bien;
Si es cierto que tu me amas,
»nada debe haber que impida,
»que me vuelvas á la vida,
»alojándome en los huertos
»de tu magnífico Eden.»

RAF. Esta poesía le hace acreedor á mi correspondencia... reanudaré con él.

CLOT. Si, tia.

FED. (*Saliendo.*) ¿Que leiais?

RAF. Unos versos que acaba de escribirme Eduardo.

FED. No sabia que fuese poeta.

RAF. Es tan poeta como Zorrilla.

CLOT. ¡Vaya!

RAF. ¿Quieres oirlos? Te los leeré.

FED. Déjamelos; yo los leeré. (¡Si mís sospechas habrán sido infundadas!)

RAF. Toma. (*Entrega á Federico los versos.*)

FED. Idos á las habitaciones interiores; espero aquí á un amigo que no debe tardar en venir.

CLOT. Hasta luego. (*vanse.*)

ESCENA IV.

FEDERICO.

(Leyendo para si los versos mientras dice el monólogo.)

FED. ¿Habré tocado el violon... como de costumbre?... Aquellas malditas violetas que yo no quise traer y que Eduardo trajo, sus continuas visitas y su eterno cuchicheo con Clotilde me parecian de mal agüero y, Zenon opinaba como yo, ó mejor dicho,

yo opinaba como Zenon; nos alucinamos..., en estos versos se vé claro, de un modo que no admite duda, que Eduardo trata de reconquistar á mi tia y que hasta hoy no lo puede conseguir... si, si; por eso adula á mi muger y la habla al oido... Toqué el violon, no cabe duda, toqué el violon.

ESCENA V.

FEDERICO, ZENON.

FED. Chico, Zenon, hemos sido miópes, mas que miópes... ciegos.

ZEN. No te comprendo.

FED. Eduardo no enamora á mi muger, enamora á mi tia.

ZEN. ¡ Pobre Federico ! Perteneces ya de lleno á la secta de los predestinados, eres completamente marido, esto es; ciego, sordo, sin inteligencia y con una candidez digna del rabel y de la zampoña.

FED. Es que tengo una prueba plena de lo que te digo.

ZEN. Veamos la prueba plena.

FED. Estos versos que Eduardo acaba de escribir á mi tia.

ZEN. A ver... (*Leyéndolos para sí.*)

FED. (Me parece que calmarán sus sospechas.) (*Pausa.*) ¿Que te parecen?

ZEN. Muy bonitos.

FED. ¿ Te pregunto que qué te parecen como prueba?

ZEN. Me aferran mas y mas en mi opinion. Eduardo quiere á Clotilde, y ella se deja querer con plácida aquiescencia.

FED. ¿Pero no ves que están dedicados á mi tia?

ZEN. Estos versos están escritos para Clotilde.

FED. Hombre!... ¡Tu todo lo ves por el lado negro!

ZEN. Por el lado negro, pero lo veo; en cambio tu no lo ves por ningun lado.

FED. ¡Me habia quitado un peso del corazon!

ZEN. Lo siento; pero no puedo consentir en que te engañen como á un idiota.

FED. ¡ Hombre !... la palabra es muy fuerte !

ZEN. Es la que mereces... como á un idiota !

FED. Convénceme de que estos versos están escritos para Clotilde ; te advierto que esto te será muy difícil ; en primer lugar, porque no lo creo, en segundo porque sé los he visto recibir á mi tia, y en tercero, porque Manuel se los ha entregado en propias manos por encargo de Eduardo. Si esos versos fueran para mi mujer, ciertos serian los toros... y... yo no quiero que los toros sean ciertos.

ZEN. Oye y te convencerás... Pasemos el *Lucero de la mañana,* que no puede aplicarse á una estrella tan apagada como tu tia.

FED. ¡ Eso es una licencia poética !

ZEN. Bien ; pasemos tambien en silencio *Deseando que me quieres como te quiero yo á tí,* que tratándose de una persona que ya le quiso y que le ha hecho volver á casa por dicha razon, no tiene significado, y si aplicándolo á Clotilde ; lo mismo que *Cesa de ser desdeñosa* que Rafaela nunca lo ha sido con Eduardo ; lo mismo que *Los labios balbucientes,* figura mas aplicable á la juventud que se ruboriza , que á la edad madura que habla ya con bastante desparpajo ; pasemos todo esto y lleguemos á lo grave, á lo gordo !

FED. A ver que es lo gordo y lo grave.

ZEN. *No creas, no, que hay falacia en el amor que yo siento*, esto quiere decir que Clotilde no le opone mas óbice para corresponderle que no estar convencida de que Eduardo la ama verdaderamente; esta es la vacilacion, la débil vacilacion del que se siente inclinado á caer.

FED. Hombre no!... La duda de una mujer de buena posicion que se ha visto postergada por una bailarina.

ZEN. ¿Y esto?... *La adoracion que te rindo es mi amoroso tributo, para recoger el fruto de esas tus pomposas ramas del árbol del mal y del bien...* Sabes tú lo que es el árbol del bien y el mal?... Es lo prohibido, es la manzana de Eva, es el amor ilegítimo.

FED. ¡Calla! ¡calla! ¡calla!

ZEN. *Si es cierto que tú me amas, nada debe haber que impida que me vuelvas á la vida etc.* Ni su esposo, ni las consideraciones sociales; en una palabra, lo que se llama *Nada*.

FED. ¡Pues como he leido yo estos versos!!! (*Arrebatándoselos á Zenon.*)

ZEN. Con ojos de marido, al revés, como leen los árabes.

FED. Las comparaciones son odiosas... déjate de comparaciones.

ZEN. ¿Te has convencido?

FED. A mi pesar me convences siempre. ¡Cuando dejarás de tener razon!

ZEN. Se conoce que están acordes tia y sobrina y te dan gato por liebre.

FED. Tú tienes la culpa, que has infiltrado hasta la médula de mis huesos las ideas de libertad y de independencia... si yo abando-

nando á mi mujer, no la hubiera dejado á merced de ese pollo insolente, Clotilde, no me burlaria como me burla hoy.

ZEN. Lo mismo... no hay policía en el mundo que pueda vigilar á la mujer y evitar...

FED. Pues yo, sin ser policía, lo hubiera evitado.

ZEN. No casándote: es el unico modo de no ser engañado.

FED. ¿ Con qué para que no incomode el sombrero es preciso cortarse la cabeza ?

ZEN. Cortar es desatar.

FED. Calla ! calla ! esos son pensamientos salvages que como los bárbaros del Norte, han caido á torrentes sobre la sociedad actual:... ¿ Y que hago?... ¿ qué voy á hacer?

ZEN. No tienes mas que un camino que seguir: batirte para lavar tu honra.

FED Tienes razon ; lavaré mi honra matando á Eduardo ; lo mataré.

ZEN. Ó el te matará... eso es lo que no sabemos; pero aunque esto suceda, siempre quedará á salvo tu honor.

FED. Es verdad ; siempre quedará á salvo mi honor.

ZEN. Viene Eduardo ; seré tu padrino.

FED. Bien.

ZEN. Ten calma, mucha calma.

FED. Sí ; mucha calma.

ESCENA VI.

Dichos, EDUARDO.

EDUAR. Saludo á Píladas y á Orestes.

FED. Muchas gracias. (*incomodado.*)

ZEN. Adios, Eduardo.

FED. ¡ Ignoraba que tuvièses trato con las musas!

EDUAR. Me entretengo con ellas algunos ratos... cómo son mugeres... (Ha visto mis versos!)

FED. Eres poeta al estilo de... Zorrilla.

ZEN. No .. al estilo de Byron.

EEUAR. Me confunden ustedes ; soy un mal aficionado que carezco completamente de estilo.

ZEN. Pero no de fuego.

FED. Si, si... tienes mucho fuego... demasiado quizás.

EDUAR. Los versos deben ser palpitantes, enérgicos é intencionados.

ZEN. Tampoco carece usted de intencion.

FED. No carece de intencion... pero cuando se trasluce corre peligro el autor de que le arrojen á la cara los partos de su musa. (*Federico arroja á la cara los versos á Eduardo.*)

EDUAR. Federico !!! (*encolerizado.*)

FED. ¡ Esos versos no sirven para nada... si acaso para tacos de pistola !

EDUAR. Servirán para lo que tu quieras.

ZEN. Pues ya sirven (*Recojiéndolos del suelo*) para algo. ¿ Con quien voy á entenderm- para ver si participa de la opinion de Federico de que pueden servir para tacos de pise tola ? (*á Eduardo.*)

EDUAR. Vaya usted á ver al coronel cuyas señas tiene esta tarjeta (*Se la dá á Zenon.*)

FED. Arregladlo como querais. (¡Dios mio era verdad! ¡ Me engañaba Clotilde !) (*Entra en su cuarto.*)

ESCENA VII.

ZENON, EDUARDO.

ZEN. Las imprudencias en asuntos tan delicados

se pagan muy caras, amigo Eduardo, la ligereza en enviar estos versos me prueba... que es usted muy... jóven : debió usted entregarlos cautelosamente en propias manos para no esponerse á que suceda lo que ha sucedido.

EDUAR. Manejo bien las armas, y á demas yo vivo del ruido y del escándalo, que es lo que me ha hecho célebre en Madrid; este desafio consolidará mi reputacion.

ZEN. Mal hecho, muy mal hecho : el escándalo no sirve para nada ; la escopeta que hace mas ruido no es la que apunta mejor. Créame usted, la prudencia, el silencio y la astucia son los caminos mas rectos para llegar al corazon de las mugeres honradas ; la vocingleria, la ligereza y la falta de tacto no sirven mas que para hacerlas estar alerta y que eviten el peligro.

EDUAR. Poco me importa no conseguir como la sociedad crea que consigo.

ZEN. Otro error : eso es una vanidad pueril, esa vanidad es una cantidad negativa, es, menos cero. Créame usted Eduardo, estoy mas curtido que usted en esta clase de aventuras, por tener mas años, y debo poseer mas esperiencia.

EDUAR. Cuando yo cuente su edad, seré mas cauto y mas prudente, ahora...

ZEN. Entonces será inútil ; se fastidiará usted ya de estas aventuras, como yo; en este mundo, amigo mio, tenemos la desgracia de que todo llega tarde.

EDUAR. Lo hecho está hecho y no es posible retroceder.

ZEN. Ya no; pero téngalo usted presente para otros lances...—voy á ver al Coronel.

ESCENA VIII.

EDUARDO.

EDUAR. Ese hombre es mas positivo que yo. Me he visto humillado en su presencia y he tenido que recurrir á mi amor-propio para no confesar que me ha vencido; ¡ siempre he de encontrar alguno que me venza !... ¿Habrá entregado Clotilde los versos á Federico... esto seria de mal agüero... es preciso que yo lo averigue... Manuel quizá esté enterado... *(Toca el timbre.)* él que entregó los versos puede que lo sepa.

ESCENA IX.

MANUEL, EDUARDO.

EDUAR. Oye, Manuel.

MAN. ¡ Qué quiere usted señorito ?

EDUAR, ? Cumpliste fielmente mi comision ?

MAN. Si, señorito ; entregué la carta á la señorita Rafaela.

EDUAR. ¡ Estupido !

MAN. ¡ Don Eduardo, porque se encoleriza y me llama estupido ?

EDUAR. ¡ Te dige yo que se la entregaras á la señorita Rafaela ?

MAN. Usted me dijo : dá esta carta á la señorita, y yo contesté sonriéndome, »Ya sé para quien es. »

EDUAR. ¡ No dejabas de estar enterado !

MAN. Se querian ustedes antes ; desapareció usted de casa, y volvió á aparecer llamado por ella ; me figuré que se querian otra vez y...

EDUAR. No debiste figurarte eso y, sobre todo, no estando seguro no me debiste decir »Ya sé para quien es.» Te creí enterado y no hablé mas.

MAN. Como la señorita Clotilde está casada...

EDUAR. ¡ A ti que te importa !

MAN. A mi nada, pero...

EDUAR. ¡ No hay pero que valga ! has equivocado la direccion y has provocado un cataclismo !

MAN. ! Cuanto lo siento, señorito ! ¡Si yo lo pudiese remediar !

EDUAR. ¡ Ya no tiene remedio ! (Lo comprendo todo! Rafaela ha creido que los versos eran para ella, envanecida se los ha enseñado á Federico sin comprender la intencion que encierran, y Federico... ¡ es claro !...)

MAN. ¡ Cuánto siento eso del pataplismo, señorito !

EDUAR. Bien, hombre, bien, ya lo sé.—¿ Está en casa doña Clotilde ?

MAN. Si ; pero no sola, está.

EDUAR. Lo presumo ; con su Mentor...

MAN. No ; no está en el tocador.

EDUAR. No digo eso ; digo que estará con su tia;...

MAN. Con su tia está !

EDUAR. Necesito hablar á solas con Clotilde ; quiero ver si enmiendo tu yerro.

MAN. Si la llamo saldrá su tia detrás.

EDUAR. Si sabe que estoy aquí desde luego. Es preciso que hagas salir sola á la señorita Clotilde ¿ entiendes ? á la señorita Clotilde.

MAN. Ahora no me equivocaré ; pero ¿ cómo me lo arreglo para que no se aperciba la tia, que es tan lagarta ?

EDUAR. Dile que su marido quiere hablarla á solas... cualquier cosa.

MAN. Eso la diré.

EDUAR. Anda lijero.
MAN. Como un rayo.

ESCENA X.

EDUARDO en seguida CLOTILDE.

EDUAR. Voy á salir de dudas; veré por fin con claridad si me corresponde ó me desaira; el desafío en perspectiva será el barómetro que me marque la temperatura del pais desconocido de su corazon. Me dará hospitalidad ó me cerrará sus puertas? Ahora lo voy á saber.

CLOT. ¡Eduardo! (*Saliendo.*)

EDUAR. Sí, Clotilde: yo soy.

CLOT. Me dijo Manuel que me llamaba mi esposo.

EDUAR. Manuel tiene la desgracia de equivocarlo todo; tambien entregó á Rafaela los versos que escribí para usted creyéndolos para ella.

CLOT. ¡Para mí! (Ya decia yo...)

EDUAR. Para usted; Rafaela no puede ser mi musa.

CLOT. Celebro pues la equivocacion: Federico está ya ojo avizor, y esa imprudencia de usted hubiera podido costarme muy cara. Es usted muy temerario! Escribirme esos versos pasa ya de los límites de la broma, y no está usted autorizado mas que para enamorarme aparentemente.

EDUAR. Ese es mi dolor, esa es mi desgracia! Me he poseido tanto de mi papel, mi ilusion es tanta al representarle que, no lo dude usted, creo que soy su amante real.

CLOT. Basta, Eduardo: empieza usted como otras veces, y me obliga á retirarme.

EDUAR. No, Clotilde; es preciso que usted me oiga,

aunque sea por última vez.

CLOT. No oiré nada útil á mi decoro, nada conveniente á mi estado.

EDUAR. Pero sabrá usted algo que no quiero que ignore Clotilde; si yo he aceptado el papel de amante de farsa que me ha confiado Rafaela con la idea de atraer á usted á Federico, le he aceptado á impulsos de una pasion irresistible que sentia y siento y con el objeto contrario, para alejar á usted de Federico y para acercarla á mí. Al ver á usted abandonada, aislada y despreciada he sentido de repente despertar en mi corazon los sentimientos nobles que en el dormian y, á la luz de mi ardiente pasion, he contemplado á usted, víctima resignada y silenciosa, y han cobrado brios mi valor y mi audacia para arrancar á usted de la pira cruenta del sacrificio... aun á costa de la profanacion del templo.

CLOT. Basta; y no tome usted mi silencio por asentimiento; no le he interrumpido para conocer á fondo hasta donde puede llegar la vanidad en el hombre presuntuoso.

EDUAR. (No la conmueve ni lo patético, y sin embargo está escitada y temblorosa... saquemos el Cristo.)

CLOT. Descubriré á Federico la verdad: corro menos riesgo abandonada por él, que confiada á usted.

EDUAR. Puede usted descubrirla, Clotilde; pero ya es tarde.

CLOT. ¿Por qué?

EDUAR. Porque mis versos se han clavado como espadas en el corazon de Federico... usted ya es criminal a sus ojos.

CLOT. ¡Criminal!! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡no será verdad!

EDUAR. Tanto lo cree Federico que me ha desafiado.

CLOT. Usted habrá rehuido batirse descubriéndole la farsa, la mentira de esta situacion.

EDUAR. No; he aceptado: para mi no es falsa ni mentida la situacion. Yo amo á V.

CLOT. Eduardo tenga usted caballerosidad y delicadeza y no agrave con su cinismo el peligroso estado en que me colocan fatales circunstancias. ¡Niéguese V. á batirse con Federico!

EDUAR. ¿Quiere V. que me niegue?

CLOT. Sí; yo se lo ruego, se lo suplico.

EDUAR. ¿Luego V. me corresponde?

CLOT. Eduardo es V. muy presuntuoso.

EDUAR. Mi presuncion sin embargo no evitará el desafío.

CLOT. ¡Evítelo V. por Dios! Si el descabellado plan urdido por mi tia tuviese tan fatal resultado, si muriese en duelo mi esposo por mi culpa... ah ! nunca me lo perdonaria !

EDUAR. Sé lo que debo hacer; y, aunque usted cree que no soy caballero, ni delicado, ni digno, juro á usted que su esposo saldrá ileso del desafío.

CLOT. Yo le prometo á V. mi gratitud eterna!

EDUAR. Conservaré la vida á Federico á costa de la mia.

CLOT. ¿Qué quiere V. decir?

EDUAR. Que el amante sabrá dejarse matar para que el esposo viva!

CLOT. No, no; Eduardo, eso no!

EDUAR. ¿Que importa á V. que yo muera si V. no me corresponde?

CLOT. Me importa, por la amistad, por la gratitud, por ser V. el prometido de mi tia...

EDUAR. ¡Usted me ama, Clotilde!!!

CLOT. ¡Yo!!!

EDUAR. Lo leo en sus ojos preñados de lágrimas, en su acento balbuciente, en su escitacion febril.

CLOT. ¡Usted sueña! ¡Usted delira!

EDUAR. ¿Me bato ó no? Clotilde?...

CLOT. Ese duelo es injusto y no debe verificarse.

EDUAR. ¿Me corresponderá V?

CLOT. Nunca.

EDUAR. Me batiré.

CLOT. ¡Eduardo, por Dios!...

EDUAR. Me batiré.

CLOT. ¡Tenga V. piedad de mi, y evite un infortunio!

EDUAR. ¡Me batiré!

ESCENA XI.

Dichos, RAFAELA.

RAF. (Aquí los dos... y Clotilde escitada!...
« Velemos, pues, y vivamos, »
como dice Zorrilla.)

CLOT. ¡Tia, van á batirse Federico y Eduardo!

RAF. Es imposible,

EDUAR. Ya sabe V. que hemos convenido en borrar esa palabra del diccionario.

RAF. Distingo: no quiero decir que no sea posible que se verifique un desafío entre Federico y Eduardo, quiero decir que este no se verificará.

EDUAR. Si, Rafaela.

CLOT. ¡Evítalo, por Dios, tu que crees que puede evitarse

RAF. Daremos la farsa por terminada ya que conseguimos nuestro objeto y declararemos la verdad; esto es, que Eduardo y yo nos correspondemos y deseamos unir nuestras

existencias, «como dos perfumes que se juntan.»

EDUAR. Siento decirlo; pero estoy desafiado y aceptaré.

RAF. No aceptará V. *Nunca para el bien fué tarde.*

EDUAR. Si yo ahora confesase la verdad creería Federico que el miedo me arrancaba esta confesion, perderia mi crédito de valiente pasando á sus ojos por cobarde, y un hombre de mi temple no se casa con semejante nota. Despues de batirnos...

EDUAR. No, Eduardo; que el Desafío es la «*imágen espantosa de la muerte*» y no el sueño, como dice Argensola.

EDUAR. Despues de batirnos nos casaremos.

CLOT. (¡Este hombre es implacable!)

RAF. Desgraciado!... ¿y si perece V. en el combate!... ignora V. que *Palida mors æquo pulsat...*

CLOT. Déjate de latines y de tonterias; no es ahora ocasion...

RAF. Siempre es ocasion de hablar bien: ¿Ignora V. Eduardo, que puede matar ó morir?

EDUAR. Soy mas diestro que Federico en toda clase de armas; pero si me mata... ya no nos casaremos. (*Mirando á Clotilde.*)

CLOT. (Oh!)

RAF. Eduardo : usted ha sido llamado para obedecer, no para mandar ; este ha sido el precio de mi mano. Déjeme usted un momento sola con mi sobrina.

EDUAR. Obedezco.

ESCENA XII.

RAFAELA, CLOTILDE.

CLOT. ¡Tu absurda intriga me ha perdido!

RAF. ¿No estoy aquí para salvarte? Descansa en mi; te salvaré por segunda vez. ¿Como han andado tanto las cosas que han llegado á este estremo? Esto no lo habia yo previsto á pesar de mi penetracion: los acontecimientos debian haber andado mas despacio... segun yo tenia dispuesto... ¿Tú sabes lo que ha sucedido, Clotilde?

CLOT. No lo sé, ni lo quiero saber! ¡Tengo un infierno en el corazon! ¡Me has puesto á los bordes del precipicio!

RAF. Habla claro, sobrina, ahora soy yo la que no comprendo..., lo que es casi inverosimil.

CLOT. Tampoco me comprendo yo á mi misma!

RAF. Aquí está Federico; ahora saldremos de dudas.

CLOT. Quédate con él; yo ahora no podria soportar su presencia. (*Vase Clotilde.*)

RAF. Que dice Clotilde! Necesito discurrir mucho mas que hasta ahora; necesito reunir mi talento para comprenderlo todo.

ESCENA XIII.

RAFAELA, FEDERICO.

RAF. Necesito hablarte, Federico.

FED. Pues sé breve, que no estoy para oir largas declamaciones. (*De muy mal humor.*)

RAF. Seré lo breve y concisa que me permita la gravedad del asunto pero... siéntate.

FED. Me siento, con la condicion de que te has de privar de citarme autores y de hablar profusamente. (*Se sientan.*)

RAF. Bien, Federico... escucha. Hermana yo de tu mamá y huérfano tú de ella,..

FED. ¡Tia! que nos remontamos á los tiempos primitivos! ¡Yo ya sé historia!

RAF. Seré lacónica, como los espartanos. Huérfano tú de padre y madre, quedaste confiado á mi tutela; y, aunque era yo poco mayor que tú...

FED. Seis años.

RAF. Tres.

FED. Bien, tres... pero concluye pronto.

RAF. Aunque era poco mayor que tú la malicia suplia en mi á la edad, como dicen los juristas, y quedaste bajo mi tutela y amparo. Yo, que te veia siempre supeditado á Zenon, te aconsejé, aprovechándome de una de sus ausencias, que te casarás con Clotilde; entonces pude librarte de la influencia de tu Mefistófeles.

FED. De la influencia de mi mejor amigo; eso si que no te lo perdono

RAF. Ahora si que viene de molde aquello de las sagradas letras, *Tienen oidos y no oyen, tienen ojos...*

FED. »Y no ven,» ya lo sé, adelante.

RAF. Casado con Clotilde vivias en dulce tranquilidad, en paz octaviana, hasta que regresó á Madrid tu amigo Zenon.

FED. Qué vino á tiempo para convencerme... de que tenia á Clotilde mal acostumbrada, de que era yo una especie de maniquí suyo, de que vivia en vergonzosa tutela, de que me habia robado completamente mi libertad de hombre y mi dignidad de esposo;

pero por fortuna pude recobrar una y otra sin renunciar á mi independencia, sin esclavisarme á su yugo.

RAF. Ahora te digo yo á mi vez que tambien sé lo que estás diciendo, que te lo oigo dos veces cada dia desde que te lo ha enseñado Zenon, para pervertir tus buenos instintos, para endurecer tu corazon sensible y apasionado.

FED. El me lo ha enseñado y no lo olvidaré.

RAF. Esas ideas y ese amigo son los que te conducen al desafio.

FED. No; hacen que me bata la desverguenza de Eduardo y la liviandad de Clotilde.

RAF. Como los topos estás privado de ver la luz; tomas el rábano por las hojas.

FED. Veamos como.

RAF. ¿ No has comprendido que Eduardo ha vuelto á casa por mi ? ¿no has comprendido que nos amamos ? que queremos ser esposos, que vivimos el uno para el otro y como dice Hartzembusch,

»Desde los años mas tiernos
fuimos rendidos amantes,
desde que nos vimos, antes
nos amabamos de vernos. »

FED. Tambien sé de memoria Los amantes de Teruel.» ¿Si es cierto que estais en relaciones, ¿cómo Eduardo escribe versos de amor á Clotilde ?

RAF. ¡ A Clotilde ! ¡ Tú has perdido el juicio ! Estan dedicados á mi, inspirados por mi, escritos para mi.

FED. De eso no me convencerás.

RAF. Porqué no te querrás convencer ¿como se hubiera atrevido, á muger que tiene dueño ?

FED. Es audaz hasta la temeridad.

RAF. Pero eso no venia al caso ; sin antecedentes ningunos espetarle á boca de jarro esa rociada...

FED. Es cierto; es una declaracion en forma.

RAF. Si eso fuera cierto, estando en relaciones conmigo yo estaria celosa.

FED. ¡Porqué no tienes celos!

RAF. Porque no tengo motivo: ¿puedes comprender que si existiera entre Clotilde y Eduardo la menor inteligencia, se hubiera escapado á mi penetracion y á mi talento?

FED. Si; tú tienes mas talento, pero yo estoy mas escamado.

RAF. Porque Zenon te ha hecho ver lo blanco negro, pero créeme; no hay nada de lo que tu sospechas.

FED. ¡No hay nada de lo que yo sospecho?

RAF. Nada; ¿vendría á casa Eduardo si hubiera lo que presumes? Como ayer le hubiera despedido, y hoy con mayor fundamento. Eres muy injusto haciendo imputaciones que tan poco favorecen á la honradez nunca desmentida de Clotilde; sin pruebas para acusarla, ¿porqué la acusas?

FED. Cuchichea mucho con Eduardo.

RAF. ¿Se ha de privar de hablar con los jóvenes dejándola tú en perpetuo abandono? Cuando vivias con ella, como debe vivir un esposo, no estaba complacida y complaciente contigo á todas horas? Se separaba de tí, y cuando era preciso, ¿se separaba sin sentimiento?

FED. Eso es verdad.

RAF. Pues entonces cúlpate á tí y no culpes á Clotilde; su desvio nace de tu desvío, su frialdad de tu frialdad. Como la abandonas, quizás para correr trás de placeres ilícitos,

tu conciencia, que es honrada, te dice que estando tu ausente, ella pudiera engañarte, como acaso en su ausencia, la engañes tú, no te atreves á confesarte á tí mismo que dás márgen á que se estravíe Clotilde, y sin embargo, todo lo que la rodea, todo lo que en ella observas lo tienes por síntoma manifiesto de engaño: lo mas difícil y lo mas necesario es aprender la inscripcion del templo de Delfos que decia, *Conócete á tí mismo.*

FED. ¡Qué bienestar derraman en mì tus palabras! Es una de las veces que te oido con mas gusto... ¡parece que respiro con mas tranquilidad!

RAF. Debes respirar tranquilo; no hay motivo para otra cosa; desiste del duelo y vuelve á las alegrías domésticas, redimido por la esperiencia, que es nuestra gran redentora, no dando oidos á Zenon, que es tu ángel malo, oyéndome á mí, que soy tu ángel bueno.

FED. Es verdad; eres mi ángel bueno; ¡ahora te permito que no tengas modestia! Y mi otro ángel, mi muger. ¡Clotilde! (*Llamándola.*) ¡Estará padeciendo por mi causa! ¡No sé cómo he sospechado de ella! Tengo remordimientos por haber dudado de su virtud!

RAF. Así me gusta; verte representando «La Inocencia triunfante!»

FED. ¡Clotilde! Clotilde! (*Llamándole.*)

RAF. ¿Qué quieres?

FED. Quiero darla un abrazo. ¡Clotilde! (*la llama.*)

ESCENA XIV.

Dichos, CLOTILDE, en seguida ZENON.

(Esta escena debe ejecutarse con la mayor rapidez posible)

FED. Dame un abrazo ! estoy loco de alegria ! dame un abrazo ¡ Ya no me bato ! ¡ viviré siempre contigo !

CLOT. ¡ Ah, Federico!!¡ (*Dejándose abrazar*).

FED. ¡ Soy feliz !... muy feliz !

RAF. La felicidad es espansiva !

CLOT. (No sé porqué me ruborizan sus abrazos.)

ZEN. (*Saliéndo.*) No estaba en casa el Coronel ; volveré !

FED. ¡ Ya no me bato, Zenon, ya no me bato !

ZEN. ¿ Porqué ?

FED. Eduardo es el futuro de Rafaela, no ama á Clotilde, y esta me corresponde como siempre!

ZEN. No obstante , el duelo se verificará.

FED. Es inútil.

ZEN. Tienes que batirte.

FED. Porqué ?

ZEN. Federico, éres un imbecil, has nacido para ser engañado. (*Ap. á Federico como lo anterior*)

CLOT. ¡ Que farsa tan desatinada representábamos ! (*aparte á Rafaela hasta el fin.*)

RAF. Ya ha concluido todo.

CLOT. Valdria mas que no hubiera empezado.

RAF. ¿ Porqué ?

CLOT. Porqué me ha hecho ruborizar delante de mi esposo !... (*Vase Clotilde á su cuarto; Federico y Zenon continuan disputando, Rafaela aparte.*)

RAF. (Ruborizar?... necesito entender esto... hoy carezco de mi perspicacia normal... vamos, no lo comprendo... ¡ Otras veces he tenido mas talento !)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

Al levantarse el telon aparecen, Federico, tendido en la marquesita fumando un habano, Clotilde a su lado bordando unas zapatillas, Rafaela á la otra parte junto al velador, leyendo un libro.

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO, CLOTILDE, RAFAELA.

FED. Si, Clotilde ; la verdadera felicidad se encuentra en la vida de familia ; la apacibilidad, que hace correr tu mano sobre el cañamazo para bordarme esas zapatillas, y la tranquilidad, que hace á mi boca soltar las azules bocanadas de este magnífico veguero, valen mas que todas las engañosas li-libertades del mundo !

CLOT. ¡Gracias á Dios, que has conocido tus verdaderos intereses ! Deja que Zenon se jacte de ser hombre de mundo, de su talento y de su esperiencia , con todas esas dotes no

ha sabido aun encontrar el camino de la dicha, ni lo encontrará jamas.

Fed. Es verdad; él mismo lo confiesa.

Clot. ¿Y sabes porqué?... Porque el escéptico no cree en el sentimiento, ni en el cariño; y sin fé no hay amor ni ventura; para ser felices se necesita corazon, y tu amigo carece de él... lo mismo que Eduardo.

Fed. Sin embargo, Eduardo vive con alegria.

Clot. Examinale á fondo y verás como tampoco es dichoso: corre de flor en flor como las mariposas, pero, ¿puede ostentar hermosa llama la luz espuesta á todos los vientos? La felicidad no la constituyen muchos objetos, sino uno fijo y perdurable.

Fed. Y este eres tú para mi, Clotilde!

Clot. ¡Si vieras qué bálsamo has derramado en mi corazon disipando las dudas que sobre mi tubiste!

Fed. Perdóname! angel mio! ya vuelvo á depositar en ti mi confianza... cualquiera duda un momento... hay instantes en que uno no es dueño de si mismo...

Clot. Si, si, ya lo sé.

Raf. Federico, hazme el obsequio de leer este párrafo. (*Rafaela se levanta, y le lleva el libro que estaba leyendo.*)

Fed. ¿Qué obra es?

Raf. «Tonterías y escándalos del tiempo presente,» de Benjamin Gartineau: Lee este párrafo del capítulo «Los envilecedores.»

Fed. ¡Los envilecedores!

Raf. Sí; lee.

Fed. (*Leyendo.*) «Existen hoy en nuestra sociedad individuos que tienen un placer especial, una alegría incalculable en envilecer »á sus semejantes, echándolos por tierra,

»para levantarse sobre ellos, como sobre un »pedestal : en todas las clases sociales y en »todas las posiciones existe hoy esa nueva »raza de envilecedores.»

RAF. Allí tienes esplicado el tipo de tu amigo Zenon.

CLOT. Y el de Eduardo.

FED. Efectivamente: el que tiende á relajar los sentimientos y á destruir el vínculo del matrimonio, es un envilecedor social.

RAF. El Código penal debia castigar con penas severas al que declarara guerra á las mas santas instituciones.

FED. Como eso no es delito... como no puede apreciarse la trascendencia del daño...

RAF. Bien dicen que la justicia se subió al cielo y por eso Jesucristo esclamó « *Regnum meum non est de hoc mundo.* » ¿ Supongo que habrás desistido del duelo?

FED. Si, he desistido : ahora creo en Clotilde.

CLOT. Bien haces : tengo en tí esperanza ; tén en mi fé.

RAF. ¿ A mí me dejais la caridad ? La aprovecharé con Eduardo para concederle mi mano ; me parece que la necesita.

CLOT. Sí, tia, la necesita.

RAF. Pues emplearé con él la mas sublime de las virtudes, como dicen los teólogos.

FED.. ! Hoy ha amanecido el dia muy cristiano !

RAF. Es porque somos felices, y la felicidad es buena creyente.

ESCENA II.

Dichos, MANUEL.

MAN. ¿ Señorito ?

FED. ¿ Qué quieres ?

MAN. Ha venido á visitar á usted el marqués del Carral... está en el salon.

FED. ¡Visita ahora!... ¡Tambien que estaba aquí!

CLOT. Querrá que le acompañes al campo...

FED. Como se lo ofrecí.. voy á decirle que no puedo, que estoy muy ocupado... en quererte.—Vuelvo.

ESCENA III.

RAFAELA, CLOTILDE.

RAF. Ahora que hemos quedado solas quiero que me espliques una frase que ayer no te comprendí. ¿Porque te ruborizaste cuando te abrazaba tu esposo?

CLOT. Me ruboricé porque tu maldito plan hizo á Federico dudar de mí, y me obligó á oir una ardiente declaracion de los labios de Eduardo

RAF. ¡De Eduardo. Clotilde!

CLOT. Si; me has puesto en una pendiente resbaladiza.

RAF. ¡Clotilde!

CLOT. Tú tendrias la culpa si yo hubiese rodado por ella.

RAF. ¡Como podia creer que Eduardo se atreviese á tanto! ¡Como habia de pensar que fuese
«monstruo de liviandad y de perfidia»
¡Porque prestaste oidos
«á ese hombre vil, de corazon de cieno!»

CLOT. Como te prometi obediencia absoluta...

RAF. Me estás engañando: lo que me cuentas es imposible.

CLOT. La palabra imposible no existe ya en el diccionario de las personas de talento.

RAF. ¡Sobrina! ¡esto es dar al maestro, cuchillada!

CLOT. Esto es hacerte ver las consecuencias de tu plan.

RAF. ¡ Miserable Eduardo!

« Perfido se complace
en levantarme al trono del Eterno
para despues hundirme en el Averno. »

CLOT. No es eso lo peor ; sino que apesar de haber firmado las paces con mi esposo, me persigue todavía.

RAF. « ¡ Ya no hay virtudes en la raza humana! »

CLOT. No te apures, que ahora soy yo la que tengo un plan que voy á realizar inmediatamente.

RAF. ¡ Tienes un plan !... el mio ha abortado... si el tuyo es mejor...

CLOT. ¿ Te convences de que es malo el que me propusiste ?

RAF. Si ; sobrina, me convenzo.

CLOT. Aun como varías de opinion.

RAF. Clotilde : variar es de sabios ; de necios, no convencerse nunca.

CLOT. Pues bien ; dejame sola un momento.

RAF. Pero no me dices antes...

CLOT. Te lo diré despues, y me ayudarás á realizarlo. Déjame sola, que te llamaré enseguida.

RAF. Te espero en mi habitacion. (¡ Cómo no he previsto el obstáculo de mi plan ?... ¡Vamos... parece mentira que no lo haya previsto !)

ESCENA IV.

CLOTILDE, en seguida MANUEL.

CLOT. Concluyamos de una vez... ahora debe estar comiendo... esta es la ocasion. Le es-

cribiré dos palabras. (*Pausa; escribe una carta.*) Laconismo... mucho laconismo... verá mi carta y acudirá, en seguida... (*Toca el timbre.*) El miedo me hace valiente... Si estuviera aqui mi tia me esplicaria esta paradoja... Pongámosle el sobre (*Aparece Manuel.*)

MAN. Señorita...

CLOT. Entrega esta carta inmediatamente á Don Eduardo.

MAN. ¿A don Eduardo?

CLOT. Si.

MAN. ¿De parte de usted?

CLOT. Sí; hombre.

MAN. Y si no está en casa?

CLOT. Si que está.

MAN. Voy al instante...

ESCENA V.

ZENON, MANUEL.

Zenon aparece por la puerta del foro, despues que Clotilde se retira y la ve entrar en su cuarto, permaneciendo en el foro al ver á Manuel que esconde la carta.

MAN. La carta que equivoqué... y esta otra... y la escena de ayer con don Eduardo... aqui hay busilis... no quisiera encontrarme en la piel de don Federico... en fin... el recadero ni perezoso, ni embustero... (¡Que no la vea don Zenon!)

ZEN. (Desaparece Clotilde cuando entro, y Manuel se esconde una carta!... ¡qué me la peguen á mí!) ¿Dónde vás?

MAN. Señorito: tengo que salir de casa.

ZEN. Para entregar á don Eduardo una carta de de la señorita Clotilde.

MAN. ¡ Don Zenon , cómo está usted tan enterado !

ZEN. (¡ No decia yo !...)

MAN. (¡Parece mentira !)

ZEN. ¡ Así te portas con don Federico !... ¡ Comes su pan y le vendes !

MAN. ¡ Yo !... yo, ni le compro ni le vendo... mi obligacion es servir y... sirvo.

ZEN. Tu obligacion es servir en lo lícito y honesto... pero en nada mas.

MAN. La señorita no me mandará nada que no sea honesto ni lícito.

ZEN. Dame esa carta.

MAN. ¡Eso si qué no, D. Zenon!

ZEN. Dame esa carta.

MAN. Dispénseme usted, pero no se la doy.

ZEN. Dámela y evitarás un disgusto á D. Federico.

MAN. Pero si no la entrego quizás se lo cause á doña Clotilde.

ZEN. La entregarás... te la devolveré.

MAN. ¡D. Zenon, no me fio, no me fio de V!

MAN. ¡Imbécil!

MAN. Llámeme V. incivil, bruto, todo lo que V. quiera; pero déjeme V. entregar la carta.

ZEN. La leeré y te la devuelvo enseguida.

MAN. Para leerla hay que rasgar el sobre y despues se conocerá que la han abierto.

ZEN. No se conocerá, porque pondremos un sobre en blanco... ahí hay.

MAN. ¿Me dá V. su palabra de devolvermela?

ZEN. Si; y además este napoleon. ¿Te gusta?

MAN. Mucho: mi padre le derrotó en Bailen en la guerra de la Pendencia... Tome usted. (*Entrega la carta y recibe un duro.*) Era soldado del general Castañcs.

ZEN. (*Rompiendo el sobre y leyendo la carta*) Lo

que yo decia... Una cita...) Voy á ponerla otro sobre y la llevarás á su direccion.

MAN. ¡Qué viene don Federico!

ZEN. Espérame fuera; te la llevaré.

MAN. La espero don Zenon, la espero.

ZEN. Si, hombre; vete.

ESCENA VI.

FEDERICO, ZENON.

ZEN. Está conforme el coronel... á pistola.

FED. ¡Por Dios Zenon; ¡aun piensas en eso! veíamos visiones... no hay nada de lo que sospechábamos. Clotilde me quiere como el primer dia de nuestro matrimonio; Eduardo va á casarse con mi tia...

ZEN. Lo dicho: estás condenado á vivir en perpetuo error; me empeño, como buen amigo, en abrirte los ojos, y tu te empeñas obstinadamente en tenerlos cerrados.

FED. Malicias sin fundamento; pensando mal de todo no es posible acertar siempre... la incredulidad como la fé debe tener sus límites.

ZEN. ¿Es decir que crees que el obcecado soy yo?

FED. Es claro.

FED. ¡Hombre crédulo hasta el ridículo, lee y convencete. (*Dándole la carta de Clotilde.*)

FED ¡ Esta es la letra de mi mujer !

ZEN. Si ; lee.

FED. (*Leyendo.*) «A las ocho de esta noche
«hablaremos sin testigos
«en mi casa; no estarán
«Rafaela ni Federico.»
¡Dios mío! es su letra ! ¡ es una infame ! Me alegro de que esté conforme el coronel.

ZEN. Mira el sobre que he roto (*lo recoge del suelo.*)

FED. ¡Ya lo veo!

ZEN. «Sr. don Eduardo Alejo Ponte.» (*Leyendo.*)

FED. Infame!

ZEN. Llamaré á Manuel, que van á dar las ocho. (*Toca el timbre.*) Cerraré el sobre en blanco... (*Lo hace.*) Tu criado iba á llevarla á su destino, y yo la intercepté.

FED. ¡Que la lleve!

MAN. ¡Señorito Zenon...

ZEN. A su direccion... volando.

MAN. Voy á volar. (Gracias D. Zenon.) (*v. Manuel*)

FED. ¡Reniego de mi mismo, que la he creido un angel!

ZEN. El primero que le ocurrió comparar á las mujeres con los ángeles, seria un bobalicon como tú.

FED. ¡Como pude creer que era inocente!

ZEN. Porque eres débil de inteligencia como de carácter.

FED. No me lo volverás á decir; estoy arrepentido de ser débil; tendré tanto carácter de hoy en adelante que tú mismo vás á asombrarte... seré una especie de Cáligula.

ZEN. Lo dudo: si hablas conmigo sigues mis consejos, pero en cuanto hablan tu tia y Clotilde sigues los suyos que son los que te han maleado.

FED. Si, tienes razon, sus consejos me han maleado... ¿Cuando nos batimos?

ZEN. Mañana.

FED. Es preciso màtar ó morir, ya que me ha engañado mi mujer, ya que vivo en esta sociedad que hace responsables á las víctimas de las liviandades de los verdugos.

ZEN. Has dicho una gran verdad, pero, ¿porque te casaste?... Jóven, libre, rico, y sin familia, ¿qué mal pensamiento te indujo á cargarte de cadenas?

FED. No fué un mal pensamiento, fué un mal consejo..· fué el demonio... fué mi tia.

ZEN. Si, Federico : ya veo que fué el demonio.

FED. Ese infame Eduardo !... Nunca lo hubiera creido de él ; ¡ cometer conmigo una accion tan inícua ! ¡ yo, que soy tan leal!..

ZEN. No estrañes eso en ningun hombre, estraña que se porten bien ; pero que te engañen ! ¿ por ventura en sociedad vivimos de otra cosa, que de engañarnos los unos á los otros ?

FED. ¡ Pues buena está la sociedad ! Debemos estar envanecidos de nuestra civilizacion !

ZEN. Byron dice que la sociedad es una caverna de bandidos ú otra cosa peor.

FED. Entonces estoy deseando que llegue la hora del desafío, y de que me mate Eduardo; prefiero morir á vivir con compañía tan poco honrosa.

ZEN. ¡Pobre Federico !

FED. Si, no lo dudes, quiero morir ; tendré carácter, hasta para morir.

ESCENA VII.

Dichos, RAFAELA.

RAF. Mucho celebro encontrar á ustedes juntos.

ZEN. (Ahí tienes á tu demonio !) (*A Federico.*)

FED. ¿ Vienes con ánimo de endosarnos alguna larga disertacion ! (*Con mal humor.*)

RAF. Hoy tengo peor humor que tú.

FED. Lo dudo.

RAF. Hoy puedo decir con Zorrilla;
« Hay unas horas sin horas »
«en que nuestras horas cesan ».

FED Eso está muy obscuro, Rafaela.

RAF. Es que yo estoy tan oscura como esos versos : tengo rabia, despecho y siento llenas..
« De ardiente sangre mis hinchadas venas. »

FED. Y yo siento deseos de hacer una barbaridad, si me apedreas con testos de autores.

RAF. Modérate, sobrino, modérate ; vengo á distraerte y á distraer á nuestro amigo Zenon.

ZEN. Veamos como.

FED. Veamos como.

RAF. Vengo á convidar á ustedes, para que presencien, si gustan, una farsa que se va á representar en esta sala, dentro de breves instantes.

ZEN. ¡Qué dice!

FED. ¿Dices que aquí va á representarse una farsa.

RAF. Sí.

FED. Esplícate mas claro... deseo comprenderte.

RAF. No puedo esplicarme con mas claridad ; respeta el misterio de la próxima representacion y asiste á ella.

FED. ¿A qué hora se verificará ?

RAF. A las ocho.

ZEN. A las ocho !

FED. A las ocho ! (¡ Qué rayo de luz !)

RAF. Ya van á dar. (*Mira el reloj de sobremesa.*)

FED. Asistiré... quiero que asistas conmigo, Zenon.

ZEN. Sí; esa farsa imprevista escita mi curiosidad.

RAF. No olvide usted sin embargo que la pagaron muy cara nuestros primeros padres.

ZEN. Satisfacer los deseos siempre es caro.

FED. Es verdad, siempre es caro satisfacer los deseos.

RAF. Voy á decirles desde donde presenciarán ustedes el espectáculo; el gabinete de Federi-

co les servirá de palco.

FED. Vente, Zenon.

ZEN. ¿Vamos los dos? (*A Rafaela.*)

RAF. Si; hay sitio para ambos,
«Pues bien cobijarse vemos
«á un árbol dos ruiseñores.»

FED. ¿Y tú? (*A Rafaela.*)

RAF. Oiré desde mi gabinete; me quedo
«yo sola envuelta en mi inocencia misma.»

ZEN. (¡Que intentará esta erudita de Satanás!)
(*Dan las ocho en el reloj de sobremesa.*)

RAF. Señores; cada uno á su localidad;
ya ha empezado la sinfonía.

FED. Vamos. (*Vánse.*)

ESCENA VIII

EDUARDO. MANUEL, por el foro.

EDUAR. Entra en el gabinete de la señorita Clotilde, entiendes bien? de la señorita Clotilde, y dila que la espero en esta sala.

MAN. No me equivocaré, don Eduardo; eso no es para todos los dias... si la tia está con ella..

EDUAR. Estará sola.

MAN. Muy enterado está V.!

EDUAR. Bien, y qué?

MAN. Nada.... nada.... voy á desempeñar su encargo.

EDUAR. Para que lo desempeñes con mas actividad te regalo este napoleon. (*Dándoselo.*)

MAN. Muchas gracias: (el que venció mi padre en la guerra de la pendencia!)

EDUAR. Anda.

MAN. Corro, D. Eduardo.

ESCENA IX.

EDUARDO.

EDUAR. ¡Lo que yo creia!... plaza sitiada, plaza tomada.... la escena de ayer la puso á la orilla del abismo... Tendré que batirme... pero no importa... sin ruido y sin escándalo, no hay triunfo completo... he adoptado ya este modo de hacer carrera y... no me vá mal. Espero á mi víctima... y, para que el simil sea exacto, es una blanca oveja la que ofrezco en sacrificio á semejanza de los tiempos primitivos, como diria la tia de la víctima, si hubiera penetrado mis intenciones... Arreglémonos la corbata, y triunfemos. (*Se mira al espejo y se arregla.*)

ESCENA X.

EDUARDO. CLOTILDE.

EDUAR. No dirá V. que no soy puntual. Las ocho y tres... (*Sacando el reloj.*)

CLOT. Ya lo sé, Eduardo.

EDUAR. Comiendo estaba los postres, cuando recibí su favorecida...

CLOT. Se habrá usted sorprendido!...

EDUAR. No, Clotilde, no me sorprendí. Conozco el mundo, á pesar de mis pocos años y...

CLOT. ¿Y el corazon de la muger?

EDUAR. Aunque me tache usted de presumido, diré que tambien creo conocerlo.

CLOT. ¡Es un estudio muy difícil!

EDUAR. Si; pero como yo me he empeñado siempre en estudiar las cosas difíciles, esta es una de las que he estudiado!

CLOT. Lo celebro.

EDUAR. Conozco á la mujer, y sobre todo conozco á Clotilde, que es la que mas me interesa.

CLOT. Es preciso convenir en que es algo anómala la situacion en que nos encontramos.

EDUAR. ¡ Anómala ! No, Clotilde, esta situacion es muy comun. Encontrarse solos dos amantes...

CLOT. Me esplicaré y usted me dará la razon.

EDUAR. Escucho ya.

CLOT. Separada de mi Federico por las sugestiones y consejos de su amigo Zenon, se olvidó de su esposa, y se constituyó independiente, volviendo á su antigua vida de soltero.

EDUAR. Tambien eso es comun en los maridos cuando se ahitan del matrimonio.

CLOT. Quedé yo pues privada del cariño de mi esposo sin razon para ello: Mi tia, con el objeto de atraer á Federico y hacerle guardar la fidelidad que me juró al pié de los altares, intentó el proyecto de que yo inspirara celos aparentes á Federico, para encarrilarle por la buena senda, y usted, como futuro esposo de mi tia, esto es, como persona para nosotros de la mayor confianza, fué el encargado de desempeñar el papel de amante.

EDUAR. Efectivamente, esto empezó por una farsa.

CLOT. Farsa á la que yo me opuse con tenacidad, como usted no ignora, y que, aunque con miedo, acepté como único medio de atraer á Federico.

EDUAR. Cierto ; usted se negaba á ello entonces ; ¡como cambian los tiempos !

CLOT. Llegamos á lo anormal de nuestra situacion. Usted audaz, y faltando á lo prome-

tido, quiso convertir la ficcion en realidad, de amante nominal quiso convertirse en amante verdadero; le dimos á usted pié y se ha tomado la mano.

EDUAR. Dice usted bien, Clotilde; empezamos por finjirnos amantes y hemos concluido por sentir lo que fingiamos, por amarnos verdaderamente.

CLOT. Pues esto es lo anormal de nuestra situacion... sobre todo de la de usted. Usted no sabe á que altura se encuentra, cree usted queyo le amo...

EDUAR. Lo creo, y es así... me ha citado usted...

CLOT. Permítame usted que le diga, mi apreciable Eduardo. que debe creer otra cosa.

EDUAR. ¡ Qué quiere usted decir!

CLOT. Quiero decir que amo á mi esposo: saque usted la consecuencia.

EDUAR. Pero... Clotilde... las apariencias... la carta que acabo de recibir...

CLOT. He citado á usted para decirle que amo á mi esposo; ¿no le parece á usted ánomala nuestra situacion?

EDUAR. ¿Quien habia de creerlo!

CLOT. ¿ Que yo amaba á Federico? Cualquiera.

EDUAR. (¡ Buena partida me ha jugado!) Es decir que...

CLOT Es decir que desde hoy cesan sus persecuciones de usted y en adelante, si tiene usted memoria, no tendrá tanta vanidad.

RAF. (*Dentro.*) Bravo! Bravo! (*Aplaudiendo.*)

EDUAR. (¡Me oian!... ¡ Que verguenza!)

ESCENA XI.

Dichos, RAFAELA.

EDUAR. ¡ Qué es eso!!! (*Con mal modo.*)

RAF. Esto es que el público aplaude porque le ha gustado la comedia ; le salió á usted el tiro por la culata, no tiene usted mas remedio que callar y tascar el freno, pues como dijo Alarcon.

«La culpa engendra la pena
«y el agravio la venganza.»

EDUAR. ¡Veo que está usted celosa, Rafaela!

RAF. Yó!... si mi sobrina hubiese tenido la debilidad de corresponderle, podria ser; pèro cuando ella me venga, veo con cierto placer la venganza.

«La venganza es muy sabrosa.»

(*Cantando ese verso con la música de Jugar con fuego.*)

EDUAR. (¡Me pegaria un tiro!)

ESCENA XII.

Dichos, FEDERICO, que se arrodilla á los pies de Clotilde.

FED. ¡No merezco tu perdon!.. Soy indigno de tí!

CLOT. No te lo concedo, porque.... te lo concedí ayer. A mis pies está mal mi esposo! (*Lo levanta y lo recibe en sus brazos*)

FED. ¡Vida mía!

RAF. «Gozad, felices amantes!»

EDUAR. (¡Tambien me escuchaba, Federico!)

FED. Eduardo... aqui ya no tienes mujeres que enamorar...

EDUAR. Ya lo sé.

RAF. ¿Y Zenon?... Salga V. hombre! salga V
(*Rafaela saca á Zenon.*)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, ZENON.

FED. Zenon, como á Eduardo, te digo que aquí ya no tienes amigos que seducir...

ZEN. En un error incurre cualquiera, yo creia...

CLOT. Es estraño que usted crea.

RAF. Dice eso sin duda porque profesa las ideas del poeta que dice.

«Dudar es casi creer»

FED. Zenon... lo que á tí te conviene.. es viajar... viajar mucho... la vida doméstica no se ha hecho para tí; yo me retiro del mundo y voy á vivir para mi esposa; ya que la tenia mal acostumbrada, no quiero que pierda esa costumbre; aunque sea un maniquí suyo... quiero vivir en cariñosa tutela, aunque esta me robe lo que tu llamas, torciendo las frases, libertad de hombre y dignidad de esposo; y desde ahora renuncio á lo que tu tienes por independencia, y me esclavizo á lo que tu tomas por yugo.

CLOT. Así me gusta oirte!

ZEN. A mí no; que viva cada uno como le acomode; si así crees ser feliz... tu alma con tu palma!

FED. Como tu me has confesado que ni tu libertad, ni tu opulencia, ni tu mundo han conseguido proporcionarte la felicidad, y como yo, antes de tu venida á Madrid, vivia dichoso, sin tener mundo, ni libertad, ni talento, contando nada mas con mi cariño y el de Clotilde, me resigno á ser feliz de este modo tan vulgar y á estar siempre.. ¡Ojo al Cristo!!!

ZEN. ¡ Buen provecho !
EDUAR. (¡ Fiése usted de las mujeres !)
CLOT. Sí, Federico; la felicidad la constit uye úni camente el cariño.
RAF. Es indudable : como dice el poeta inglés, la felicidad deberia esta representada por dos gemelos.
FED. No dice el poeta mal ;
talento, mundo, esperiencia
no hacen feliz la existencia
como el amor conyugal.
Clotilde, ya que se trata
de que esa paz disfrutemos
fuerza es que uno y otro estemos
¡ Ojo al Cristo, que es de plata!
CLOT. Es por nuestro mútuo bien
y aplaudo...
FED. (*A Rafaela.*) Y tú ?
RAF. Pensar puedes
que aplaudo á mi vez.
FED. (*Al público.*) Y ustedes?...
¿ Quieren aplaudir tambien ?

FIN DE LA COMEDIA.

(Aprobada por la censura).



Obras dramáticas

DEL MISMO AUTOR.

El arte de hacerse amar.	En un acto original y en verso.
La ocasion hace el ladron.	id. id. en prosa.
La nave sin piloto. . . .	id. id. en verso.
El grito de la conciencia.	En 3 actos traduccion en prosa.
La providencia. . . .	id. original y en verso.

Se hallan de venta en casa de D. Alonso Gullon, propietario de la Galería Dramática el *Teatro* y en provincias en casa de los señores corresponsales de dicha Galería.